

Para Antonio, con quien compartía mis lecturas.
Te echaré de menos.

«En el caos siempre hay un orden, en todo desorden hay un
orden secreto».

Arquetipos e inconsciente colectivos, C.G. Jung

«La verdad se hace en el curso de la experiencia».

Pragmatismo, W. James

«El error es un arma que acaba siempre por dispararse contra el
que la emplea».

*La igualdad social y política y sus relaciones
con la libertad, Concepción Arenal*

1

Londres. Viernes, 12 de febrero de 2016

Si la memoria no me fallaba, habían transcurrido poco más de quince años desde que vi a Marie por última vez.

Su recuerdo irrumpió nítido en mi memoria, como si el tiempo no hubiera dejado su turbia huella sobre él: Marie pasó junto a mí, sin despedirse, en dirección al primer taxi estacionado delante del hotel. Una vez acomodada dentro, se giró hacia la ventanilla y me miró sin verme. Tenía el rostro enrojecido, la mirada vidriosa, expectante, como de no entender qué sucedía. Su mano enguantada aferraba con fuerza el guardapelo que llevaba al cuello. El coche arrancó enseguida y se perdió entre el tráfico de la avenida Unter den Linden. Pero estoy convencido de que ella seguiría atrapada entre las paredes floreadas de la habitación del Adlon, con el eco de las palabras de Richard reverberando en sus oídos como el estribillo de una mala canción, que no puedes dejar de tararear: palabras, frases hechas que yo le oí ensayar ante el espejo días antes, sin atreverme a preguntar. «No te quiero. Te has convertido en una carga para mí. Sabías que antes o después esto llegaría... Es el momento de decirnos adiós». Palabras que cambiaron las vidas de ambos para siempre.

Perdido en reminiscencias del pasado, no me percaté de lo tarde que era hasta que eché un vistazo al reloj. Si no me ponía en marcha, no llegaría a tiempo al aeropuerto para recoger a Marie. Decaído, aparté la vista de Richard y me giré. La enfermera del control central reparó en mi estado, levantó la mano y dibujó una leve sonrisa a modo de despedida. Le correspondí con un

ligero parpadeo de asentimiento y me dispuse a salir. Richard estaba ingresado en la UCI del área privada del University College Hospital. Los acompañantes y familiares esperábamos noticias en unas habitaciones anexas, a las que se llegaba a través de un pasillo siempre desierto. Y allí nunca se oía un llanto ni un gemido ni una palabra más alta que otra. Salí al recibidor y, de manera automática, miré hacia atrás antes de pulsar el botón de bajada del ascensor. No me gustaba dejarlo solo en el hospital.

Las puertas se abrieron y entré indeciso. Me mezclé con el genuino ambiente hospitalario; ese limitado mundo definido por el sufrimiento, la rabia, las preguntas sin respuestas, la desesperanza, el dolor y las pérdidas; por la fe ciega en los especialistas, en la avanzada tecnología, en fármacos sofisticados y, cómo no, en las súplicas que ansían un milagro. Un mundo de contrastes del que yo solo era consciente cuando subía o bajaba. Entonces, reparaba en los rostros de profundas ojeras, en los rictus de confusión, en las lágrimas o en los pañuelos estrujados entre las manos. Esas personas anónimas me devolvían a la realidad y, en ese corto viaje desde la novena a la planta baja, me preguntaba si se sentirían tan solas como yo.

El trayecto en coche desde el hospital hasta el aeropuerto, unos sesenta minutos en un día normal, se multiplicaba los viernes, sobre todo, si llovía con intensidad. El limpiaparabrisas, con su monótono ir y venir, me sumergió en un singular estado que fluctuaba entre la conducción automática y los recuerdos. Dicen que al acercarte al final de la vida pierdes la perspectiva de futuro; de ese modo, la incertidumbre provocada por ese vacío existencial hace que el pasado regrese para apropiarse del presente hasta confundirse con él. Eso me sucedía en los últimos días. La aflicción por lo que le había ocurrido a Richard me había transformado por completo. Yo que siempre había vivido anclado en el ahora, a pesar de que en ocasiones fuera oscuro,

lacerante y desolador, me sentía amenazado por una fuerza desconocida que me urgía, sin sentido ni razón, a desenterrar unos hechos sepultados en las mazmorras de mi cerebro y que por nada ni nadie me hubiera gustado recuperar.

Aparqué el coche. Durante unos instantes observé embobado las escobillas que despedían el agua del cristal, al compás del aria «Mild und Leise» de la ópera *Tristan e Isolde*, de Wagner.

Richard, Richard... Al retirar la llave del contacto, el silencio me trasladó a su lado. Cerré los ojos y lo vi: inconsciente, pálido, su cuerpo recorrido por cables que lo conectaban a distintos aparatos; debatiéndose entre la vida y la muerte. Sentí que me ahogaba. Con las manos temblorosas, me aflojé la corbata e intenté desabrocharme el botón del cuello de la camisa.

Unos golpes en la ventanilla me sacaron de mi estupor. Sin pensarlo, pulsé el botón para bajarla.

—Hola. ¿Te marchas?

—¿Cómo?

—Te preguntaba si te ibas.

—No, no. Acabo de llegar.

Una joven pelirroja, de cara pecosa, tímida sonrisa, mochila a la espalda y calada hasta los huesos me estaba hablando y yo no sabía ni dónde me hallaba.

—Tengo que llegar a Londres y quería saber si podías llevarme.

—Lo siento... No puedo... He venido a recoger a una persona.

—OK. No pasa nada —dijo entre dientes, antes de alejarse.

Mi cabeza seguía en el hospital. No podía pensar con claridad. Tardé unos minutos en darme cuenta de lo que había sucedido. La chica no debía de tener dinero para coger un transporte. Yo mismo había hecho autostop de joven cuando iba de un lado a otro del país con los bolsillos vacíos. Me hacía cargo de lo embarazoso que resultaba, el desamparo que se sentía cuando no te prestaban ayuda y el miedo ante lo desconocido. Un miedo vis-

ceral, intenso, imposible de compartir, que disimulaba tras una aparente sonrisa. «Su sonrisa», pensé. Una extraña fuerza me empujó fuera del coche. No podía consentir que la chica se quedara tirada en el aeropuerto con el mal tiempo que hacía. ¡Parecía tan joven! Abrí el paraguas y caminé por el aparcamiento, pero no había ni rastro de ella. Atravesé las puertas de la terminal de llegadas y la busqué por todos lados. Tampoco estaba allí.

Desanimado y algo culpable, fui hasta los paneles anunciadores alentado por la razón que me había llevado hasta el aeropuerto. El vuelo de Air France 1080, procedente de París había aterrizado justo a su hora, las 18:20.

La algarabía de un grupo de jóvenes me hizo volver la cabeza hacia ellos. Vestían de manera descuidada, portaban grandes mochilas y algunos hasta cargaban con instrumentos musicales. Por la forma de las fundas distinguí, al menos, un par de guitarras y un violín. Se despedían entre abrazos y risotadas. Al disolverse el grupo, vi a la joven pecosa. Se había quedado sola. Miraba de un lado a otro, perdida entre tanta gente.

Me dirigí hacia ella.

—Hola de nuevo. Te estaba buscando.

La joven, asustada, dio unos pasos hacia atrás.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Antes me pillaste en un mal momento y como no te puedo llevar hasta Londres, quería darte unas libras para que cogieras el metro —dije mientras me desabrochaba los botones de la gabardina y metía la mano en el bolsillo del pantalón.

La chica me miraba con los ojos muy abiertos.

—Toma. Acéptalas, por favor.

Su rostro y sus hombros, hasta ese instante firmes y erguidos, se relajaron; no sé si fue por mis palabras o por los billetes.

—Pero... si yo no quiero dinero, solo que me lleven —manifestó, con las mejillas ruborizadas, a juego con su cabello.

—Tienes que salir del aeropuerto. Toma —insistí.

—Y voy a salir.

—Por favor, cógelo.

—Lo cojo por no hacerte un feo, pero con la condición de devolvértelo —dijo, tras pensárselo unos segundos.

—Da igual, de verdad, no te preocupes.

—Si no es con esa condición, no lo quiero —añadió, algo enfurruñada.

—Está bien.

Saqué una tarjeta de visita del bolsillo exterior de mi cartera y se la di.

—Me puedes encontrar en esa dirección.

La cogió y la leyó.

—¿Eres Thomas Parsons?

—Exacto. Ese soy yo.

—Yo soy Lisa. —Sonrió—. Te prometo que te lo devolveré —dijo con resolución. Se colocó la mochila a la espalda y se encaminó hacia la salida del metro con paso ligero.

Conforme la distancia entre nosotros aumentaba, resurgía el recuerdo de Berlín. «Quince años, quince años desde aquella última vez, y en unos minutos estará aquí», pensé. De súbito, el miedo a la reacción de Richard si despertaba y la encontraba a su lado, me atravesó como una lanza. Mi corazón empezó a latir con fuerza, rápido, así que respiré hondo para tranquilizarlo. Deseché ese pensamiento. No tenía sentido añadir a mi frágil cerebro más incertidumbres sobre lo que no tenía vuelta atrás. «Bien o mal, lo hecho, hecho está», dije en voz alta. Una pareja de mediana edad, que exhibía una pancarta en la que se leía: «Bienvenido a casa, Robert», me miró con asombro. Pensarían que era un viejo chiflado. Con una mano metida en el bolsillo de la gabardina y el paraguas en la otra a modo de bastón, me alejé de ellos.

Me acerqué a la valla metálica que protegía las puertas de salida y me apoyé en ella. Desde hacía meses me dolía la rodilla derecha. Según el especialista, solo era artrosis, algo frecuente a mis sesenta y un años. ¡Tampoco era tan viejo! Y, sin embargo, aquel maldito dolor me había obligado a modificar muchas de mis rutinas. Cada vez conducía menos porque se me adormecía esa pierna; si permanecía de pie más de cinco minutos, necesitaba apoyarme en la otra, que también comenzaba a resentirse y tuve que tomar una dura decisión: dejar de correr, algo que hacía desde los veinte años. La falta de ejercicio habitual me había costado tres trajes nuevos. Metí la barriga y, con disimulo, examiné mi alrededor por si alguien se había dado cuenta. Entonces me vi reflejado en el cristal. Me pasé la mano por la cabeza y el rostro afeitados con esmero. ¡Qué cambiado estaba! ¿Me reconocería Marie? Cuando nos conocimos, yo llevaba el cabello rizado muy corto y, arrastrado por la moda, lucía una corta perilla. Mi piel, en cambio, seguía igual de negra.

Quince años eran demasiados.

Durante ese tiempo, yo había vigilado de cerca los prolongados silencios de Richard, siempre envueltos en las notas de la obertura del *Tanhäuser*, esa ópera que conjuga el amor sagrado y profano, la redención mediante el amor, mientras que él asistía, como convidado de piedra, a mis múltiples tentativas para sacarlo de su estado de postración. Después de aquel inolvidable día en Berlín, se había escondido tras una gruesa coraza: la del absorbente mundo profesional, al que se había entregado en cuerpo y alma. Este le devolvió con creces su dedicación exclusiva mediante reconocimientos y galardones nacionales e internacionales. Éxitos que solo pudo compartir con Tristan, su perro, y conmigo, su secretario y amigo.

En muy contadas ocasiones bajaba sus defensas, siempre con una copa en la mano. Hacía unos meses, en una de las úl-

timas conversaciones serias que habíamos mantenido, con la locuacidad que le confirió la segunda y que aumentó la tercera, y sin levantar los ojos del líquido ambarino, se lamentó por primera vez de haber apartado a Marie de su lado. Ese fue el detonante.

Inmerso en mis nostálgicos pensamientos, me sorprendí al ver salir a los pasajeros, muy disciplinados, con sus equipajes de mano. Miré hacia el fondo del túnel y la vi. La reconocí antes de que nuestras miradas se toparan en la lejanía, antes de ese sutil cabeceo por el que supe que ella tampoco se había olvidado de mí. Su caminar era característico. Unos pasos amplios, elegantes, frágiles, como si sus pies no quisieran rozar el suelo.

Quince años..., y venía hacia mí con su pequeña maleta. Llevaba una gabardina abierta que dejaba ver un jersey de cuello alto de color blanco y un pantalón vaquero azul marino, muy ajustado, embutido en unas botas altas de tacón. El tiempo había añadido serenidad a su mirada y había afilado su inmutable rostro añorado. De repente, sentí un vacío en el estómago y una enorme congoja atorada en la garganta. Tragué saliva. Cada vez estaba más cerca. La miré a los ojos y tuve la entrañable sensación de que el tiempo no había transcurrido, que nunca se había alejado de nosotros, que una vez más la recogía en un aeropuerto, como solía hacer; en definitiva, que todo era igual que antes de aquel día en Berlín. Y fue esa sensación de cercanía, de fusión temporal, la que apaciguó mi ánimo.

—¡Thomas, me alegro de volver a verte! —dijo, a la vez que estrechaba mi mano—. Estás igual que siempre.

—No es cierto, señora, pero se lo agradezco.

—Es verdad, no llevas barba y te afeitas la cabeza, ¿te cansaste de los rizos?

—Los rizos y las canas no eran una buena mezcla. No sabe cuánto le agradezco que haya venido.

—Te confieso que dudé mucho. Estoy confundida —murmuró—. ¿Richard te ha pedido que me llamas?

No respondí a su pregunta, aunque conocía la respuesta. Yo, y solo yo, era el responsable de la decisión de contactar con ella.

—Deme la maleta, yo la llevaré. Debemos salir cuanto antes. Es hora punta, diluvia y nos costará llegar al hospital. O si lo prefiere, podemos pasar antes por la casa del señor para dejar el equipaje.

Marie se paró en seco y, muy formal, me advirtió:

—Thomas, no quiero que me hables de usted y menos que me digas «señora». ¡Lo odio! Sé que te costará no hacerlo. Los tiempos han cambiado. Ya sabes que le reproché a menudo ese trato tan autoritario que te dispensaba.

—Lo intentaré.

No sabía si lograría acostumbrarme a tutearla. Desde luego, no estaba en mi ánimo contradecirla en aquellos momentos, sobre todo en algo con tan poca importancia para mí.

Comenzó a andar tan ligera que antes de que me diera cuenta estábamos en la calle. Me apresuré a abrir el paraguas y la cubrí. Nos dirigimos hacia el aparcamiento en silencio. Me dio la impresión de que Marie seguía muy enfadada con Richard. La delataba la manera de recalcarle las palabras, la rabia contenida entre sus labios pintados de rojo y el furor de su mirada al advertirme. Su petición de que dejara el «señora» de lado no era más que un dardo envenenado destinado a impactar donde más le dolía a Richard: en sus rígidas costumbres. Ella nunca aprobó que tuviera un secretario para todo, siempre a su disposición. Yo mismo había presenciado, más de una vez, discusiones al respecto; y jamás se pusieron de acuerdo.

—En cuanto a mi alojamiento, preferiría quedarme en un hotel, Thomas. No creo que pueda sentirme cómoda en casa de Richard.

—El señor no me lo perdonaría.

—El señor, el señor. ¿Ves? A eso me refería. Debes ser tú, decidir por ti mismo, y más si él no está presente.

—Insisto, Marie —recalqué su nombre para hacerle notar que le estaba haciendo caso en lo del tuteo—, en estas circunstancias no me gustaría tener un conflicto con Richard. Por favor, sería preferible que te quedaras en su casa.

—Está bien, no seré yo quien te ponga en un compromiso —dijo mientras abría la puerta del copiloto y se acomodaba en el asiento.

Le cerré la puerta, guardé el paraguas en el maletero y me puse al volante. Reparé en su mandíbula contraída, su mirada perdida, las manos cruzadas en el regazo. Estaba tensa. Y ni siquiera me había preguntado por Richard.

Con un intenso pesar, arranqué. Saltaron los limpiaparabrisas y la música. Me incorporé a la larga fila de vehículos que pretendían salir del aeropuerto. Entre tanto, divagaba sobre la actitud de Marie y la repercusión que tendría la decisión que solo yo había tomado.

Al poco de iniciar la marcha por la autovía, Marie recibió una llamada en el móvil y la rechazó. Supuse que estaría inmersa en su propia tormenta de pensamientos y emociones y que no le apetecería hablar con nadie. Insistieron tres veces y, a la cuarta, respondió entre suspiros. Bajé la música y aproveché su distracción para observarla de soslayo. Apenas había cambiado. Los ojos grandes y rasgados, la nariz prominente y el cabello oscuro recogido en una coleta baja. Como siempre.

Marie, muy contenida, discutía con su interlocutor. Su enfado se traslucía a través de acostumbrados gestos que trazaban en su semblante finas arrugas en el entrecejo, alrededor de los ojos y de los labios. Tuve el presentimiento de que, afianzada tras esa contundente certidumbre y coraje, escondía una decadente vitalidad. Quizá el destino no la había tratado bien.

—En un mes inauguramos una tienda en Nueva York; pero por más libertad que les doy, no dan un paso sin consultarme —dijo, al tiempo que ponía el móvil en silencio y lo guardaba en el bolso con brusquedad.

—Entonces te va bien.

—Sí. El trabajo va muy bien. En permanente expansión internacional.

Al concretar que en el aspecto laboral no tenía ningún problema, presumí que había acertado en mi conjetura y que en otros ámbitos de su vida sí los había tenido o los tenía. Recordé la mala relación con su marido. Esa que la abocó a los brazos de Richard. Miré por el espejo retrovisor antes de realizar un adelantamiento y fue como si los viera a los dos sentados en el asiento de atrás: Marie con la cabeza sobre el hombro de Richard y él jugando a enrollar los mechones de la coleta de ella alrededor de su dedo índice.

—¿Cómo está?

Había imaginado que esa pregunta sería la primera que me haría en cuanto nos encontráramos. Tenía ensayada una respuesta detallada sobre los aspectos relevantes de lo sucedido, el infausto diagnóstico y las opiniones de los médicos, pero se la resumí en dos palabras:

—Se muere.